

TRISTEZAS.

con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡ desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al çielo levantaban mi anhelo; aquella majestad solemne y grave; aquel pausado canto, parecido á un doliente gemido, que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas de antiguas sepulturas, aspiración del arte á lo infinito; la luz que por los vidrios de colores sus tibios resplandores quebraba en los pilares de granito,

haces de donde en curva fugitiva,

para formar la ojiva cada ramal subiendo se separa, cual del rumor de multitud que ruega, cuando á los cielos llega, surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida
para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana que sobre el alma humana de las caladas torres se despeña, y anuncia y lleva en sus aladas notas mil promesas ignotas al triste corazón que sufre y sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquilo á más sereno asilo:

religión, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende quien crédulo se enciende en fervoroso y celestial cariño, envuelta en sus flotantes vestiduras volaba á las alturas, virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella como fugaz centella traspasaba el espacio, y ante el puro resplandor de sus alas de querube, rasgábase la nube que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria! ¡Oh perdurable gloria! ¡Oh sed inextinguible del deseo! ¡Oh cielo, que antes para mí tenías fulgores y armonías, y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis intimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde; grito, y nadie responde á mi angustiada voz; alzo los ojos y á penetrar la lobreguez no alcanzo; medrosamente avanzo, y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto á su impiedad ¡oh Cristo! Su grandeza satánica me oprime. Siglo de maravillas y de asombros, levanta sobre escombros un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡y ese Dios, no eres tú! No tu serena faz, de consuelos llena, alumbra y guía nuestro incierto paso. Es otro Dios incógnito y sombrío:

su cielo es el vacío, sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso un siglo más inmenso, más rebelde á tu voz, más atrevido: entre nubes de fuego alza su frente, como Luzbel, potente; pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga, es mayor su fatiga, es su noche más honda y más oscura, y pasma, al ver lo que padece y sabe, cómo en su seno cabe tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota, que el ronco mar azota, incendia el rayo y la borrasca mece en piélago ignorado y proceloso, nuestro siglo-coloso con la luz que le abrasa resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿ Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno, á todo yugo ajeno, que al impulso del vértigo se entrega, y al través de intrincadas espesuras, desbocado y á oscuras avanza sin cesar y nunca llega. ¡Llegar! ¿A dónde?.. El pensamiento humano en vano lucha, en vano su ley oculta y misteriosa infringe. En la lumbre del sol sus alas quema, y no aclara el problema, ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto que tu poder no ha muerto! Salva á esta sociedad desventurada, que bajo el peso de su orgullo mismo rueda al profundo abismo, acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría

es, señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fe desalentada y yerta
—¡Anímate y despierta!—
como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

30 de Junio de 1874.





PARÍS.

Una calle de la capital de Francia en 1871.—Vénse á lo lejos las llamas del incendio de las Tullerías, del Palacio de la Ciudad, del Ministerio de Hacienda y de algunos edificios particulares.—Grupos de hombres, mujeres y muchachos harapientos cruzan tumultuariamente la escena en direcciones contrarias, dando gritos desaforados.—A intervalos atruena el espacio el estampido del cañón.—Es de noche.

BURGUÉS.—DEMAGOGO.

BURGUÉS.

¿Á dónde vas, blandiendo enardecido esa antorcha fatal?

DEMAGOGO.

Corro á la lucha. ¡Ay! el ronco y frenético alarido que amedrentada tu conciencia escucha, es la voz de la plebe que se agita y me llama á la lid...

BURGUÉS.

¡Terrible acento en donde el odio universal palpita!

DEMAGOGO.

Dí, más bien, el humano sufrimiento.
Dí, más bien, el dolor acumulado
por largos años de opresión, que estalla,
y como el hondo mar alborotado
no reconoce á sus furores valla.
Esa masa viviente es el compendio
del infortunio y la miseria...

BURGUÉS.

Oh, calla!

DEMAGOGO.

El populacho vil, la ruin canalla, el Cristo expuesto á duro vilipendio

de siglo en siglo, os llama á la pelea, y por el mundo atónito pasea su igualadora cólera: el incendio.

BURGUÉS.

En el nombre de Dios te cierro paso.

DEMAGOGO.

¿En el nombre de Dios?... ¿Existe acaso? Aparta, ó con la punta de mi daga ancho camino me abriré. ¿Y se atreve tu voz sumisa, que el terror apaga, á invocar ese nombre? No: no cedo. Dios es vana invención, Dios es el miedo que sujeta las iras de la plebe. Rota está la cadena. ¡La habéis roto! Vuestra burla sacrílega y aleve hizo pedazos el fraterno voto que ennoblecía el corazón humano. ¡Ya nuestra queja se trocó en rugido! ¿Sin el temor de Dios vive el tirano y queréis que le sienta el oprimido?

BURGUÉS.

¡Calla, insensato, calla!

DEMAGOGO.

Si mis labios ofenden tu pudor, hieren tu oído, no me culpes á mí, culpa á tus sabios, que del error apóstoles han sido. ¿Imagináis quizás que entre los muros de los liceos, aulas y academias, mueren como un rumor vuestros impuros alardes, vuestras cínicas blasfemias? El verbo humano, como el sol, inunda de luz, hasta los antros más oscuros, y en el fango los gérmenes fecunda. Las alas de la voz toma la idea: halla el espacio á su altivez estrecho, y encarna, alienta, se trasforma en hecho al surgir del cerebro que la crea. Y yo, que sólo para odiaros vivo, soy el hecho feroz y vengativo, brutal engendro de la ciencia atea.

BURGUÉS.

Recobra tu razón. ¿Dónde, iracundo, pretendes ir? El vértigo te arrastra; París, cabeza y corazón del mundo, tiembla de espanto en su soberbio trono. ¡Es tu madre!

DEMAGOGO.

¡Mentira! Es mi madrastra, y acrecientan sus crímenes mi encono. ¡París, París! Impúdica sirena, monstruo de iniquidad, que en áurea copa de vil deleite hasta los bordes llena, brindas tu inmensa corrupción á Europa. ¿Habrá quizás costumbre disoluta, lúbrico anhelo, crapulosa orgía que ignores tú, malvada prostituta, más codiciosa y torpe cada día? A la margen sentada del camino, con faz lasciva y desenvuelto pecho, ofreces al cansado peregrino en tu ardiente regazo inmundo lecho.

Y en él duerme las horas sin medida del ocio y del placer, y allí envilece los más santos afectos de la vida. el sentimiento del deber olvida y en rápidos instantes envejece. ¿Qué has hecho tú de la conciencia humana? ¿Qué fibra has respetado? ¿Qué pureza ha resistido á tu atracción tirana? ¿Dónde acaba tu infamia? ¿Dónde empieza? Al calor de tus locos devaneos, .. bajo el goce bestial que los hostiga, van en tí, como indómita cuadriga, sueltos y desbocados los deseos. Templos, circos, palacios, coliseos, aras son, que erigiste á la Materia, tu Dios y el mío, y despreciable en todo, en abismos de horror y de miseria fabrica sus imágenes de lodo. Infecto lodo, que de tí recibe la forma de mujer encantadora, que en tus dorados lupanares vive y tus incáutas víctimas devora; que el más helado corazón inflama y con brazos de fuego le encadena, porque es su cuerpo de fundente llama,

su risa de ángel, su intención de hiena. Todo se agita y se revuelve en torno de esa deidad abominable, impura: la moda, esclava complaciente, apura los torpes incentivos del adorno, la industria sus caprichos, la pintura sus colores, sus fúlgidos destellos la rica y avarienta orfebrería, que concentra la luz en los cabellos y el albo seno de la diosa impía. El arte, como viejo descreído á quien el ansia de gozar ofusca. á tus plantas postrado sólo busca el halago grosero del sentido. Y el noble coro de las Nueve Hermanas. con ardiente y frenético arrebato al pie del ara sin descanso gira. Terpsícore desnuda á las livianas danzas se entrega; desgreñada Erato entrelaza de pámpanos su lira; mancha Talía la ruidosa escena con la farsa sacrílega y obscena, y ennegreciendo su inmortal destino Euterpe licenciosa, con garganta seca y enronquecida por el vino,

báquicos himnos al desórden canta. Muerta está la virtud, el honor muerto, y es dificil hallar en el naufragio tabla de salvación y amigo puerto; que todo con sus olas lo han cubierto la lujuria, el escándalo y el ágio. Vencida por tus ciegos apetitos, ¡adúltera ciudad! ¡vaso de horrores! no has escuchado los tremendos gritos de los odios, venganzas y rencores, que en la noche sin fin de tus placeres la insaciable codicia aglomeraba. Cegó tus ojos engañosa nube, y hoy, del abismo á devorarte sube, tu propio cieno convertido en lava. ¡No tuviste piedad y no la esperes! ¡Ya tu grandeza vergonzosa acaba, pudridero del mundo!

BURGUÉS.

¿Qué más quieres? Deja que la oración reparadora restaure su virtud si te horroriza la triste enormidad de sus pecados. DEMAGOGO.

Si es que sabe rezar, rece en buen hora. Mas que humille su frente en la ceniza de sus ricos alcázares quemados. ¡Yo no sé perdonar!

BURGUÉS.

Pero ¿ qué dices, aborto de impiedad, Caín eterno, árbol de maldición cuyas raíces se pierden en las sombras del infierno? Tú, plebe inculta, que la férrea mano alzas contra la ley; tú, que exasperas todas las iras del linaje humano; tú, sierva imbécil de Nerón tirano; tú, la más implacable de sus fieras, cuando en el ancho Circo recogías el pan mojado en sangre generosa, y el brutal espectáculo aplaudías; tú, que en el trance memorable y triste de nuestra redención, con pavorosa maldad y corazón empedernido,

cuando á tu antojo disponer pudiste
del Justo y del culpado, preferiste
á la vida de Dios la de un bandido;
tú, que en todos los tiempos has vendido
tu libertad al déspota, tu diestra
al crimen, tu razón á la mentira,
incitadora de Marat, maestra
de Robespierre, horror de quien te mira;
¡tú trasformada en juez! ¿Con qué derecho?
¿Con qué razón?

DEMAGOGO

Con la razón del hecho.

BURGUÉS.

El orgullo te ciega. ¿Qué has logrado, ni qué podrás lograr? Surco profundo abre en la tierra el hierro del arado; pero nada produce, nada crea si falta la semilla. Es infecundo. ¿Qué semilla es la tuya? ¿Con qué idea piensas regir y dominar el mundo? ¿Qué nueva y santa religión proclamas?

¿Qué salvadora aspiración? ¿Qué quieres? De Dios reniegas, su justicia infamas, intentas convertir nuestras mujeres en hembras viles, quebrantando el lazo que la pasión con el deber concilia, que dignifica el conyugal abrazo y consagra el hogar de la familia. Odias la autoridad, odias el freno social, odias la paz, y avaricioso pones los ojos en el bien ajeno, que juzgas propio en tu soberbia insana: la bestia es tu ideal ignominioso, y en la sorda explosión de tu perfidia quieres pasar sobre la raza humana el nivel vengativo de tu envidia. ¿Cómo podré negar que la gangrena nos roe el corazón? ¿Que sube y crece la letal podredumbre, y envenena el aire, y las conciencias oscurece, y nuestras almas débiles estraga? ¿Quién no ve con terror el precipicio? Pero nosotros á la inmunda llaga llamamos llaga inmunda, y vicio al vicio. ¡Aún tenemos pudor! Y aunque condenes nuestra depravación, tú no le tienes.

Guardamos, llenos de dolor, oculto el canceroso mal dentro del pecho.

Tú le eriges altar, le rindes culto y le llamas ¡oh bárbaro! Derecho.
¡No pretendas vencer! Sangrienta guerra tus cadenas rompió, y alborotado haces crujir los ejes de la tierra; pero otra vez á tu cubil, atado te volverá la indignación humana.

DEMAGOGO.

No podrá.

BURGUÉS.

¡Los instantes son supremos!

DEMAGOGO.

Soy tu señor; ¡humíllate!

BURGUÉS.

Mañana

aplastaré tu frente.

DEMAGOGO.

¡Lo veremos!

BURGUÉS.

Para lanzarte en el profundo abismo...

DEMAGOGO.

Para romper tu insoportable yugo yo tengo mi rencor...

BURGUÉS.

Yo mi egoismo.

DEMAGOGO.

Yo el incendio voraz.

BURGUÉS.

Y yo el verdugo.

EL POETA.

¡ Error, error! Ni el egoismo ciego, ni el odio, ni el verdugo, ni la llama podrán domar el concentrado fuego que vuestros fieros ánimos inflama.

Y será más terrible y más sombría la espantosa tragedia, si en la lucha, la ronca voz de la venganza impía vuestra loca pasión tan sólo escucha.

¡Oh santa Caridad, hija del cielo, hermana del dolor, virtud sublime, que el bálsamo divino del consuelo ofreces ¡ay! al corazón que gime;

y tú, Resignación, tú, fortaleza del desgraciado, que en sus tristes horas levanta con orgullo la cabeza, si le prestas valor y con él lloras; devolved á las almas el reposo, y en medio de este piélago alterado, amansa ¡oh Caridad! al poderoso, templa ¡oh Resignación! al desdichado.

Paris 18 de Julio de 1873.





Á VOLTAIRE.

resiste á tu satánica ironía.

Al través del sepulcro todavía resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada cuanto la humana estupidez creía, y hoy la razón no más sirve de guía á la prole de Adán regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino la libre religión de las ideas; ya la fe miserable á tierra vino;

ya el Cristo se desploma; ya las teas alumbran los misterios del camino; ya venciste, Voltaire. ¡ Maldito seas!

Julio de 1873.

*++